

LA REVOLUCIÓN RUSA Y AMÉRICA LATINA. LAS COMPLEJAS DERIVAS DEL HECHO COMUNISTA

CARLOS MIGUEL HERRERA Y EUGENIA PALIERAKI

En una crónica escrita en París, antes de conocer personalmente Rusia, César Vallejo, tras distinguir entre el espíritu y el hecho comunista, relacionaba al primero con un estado orgánico, que solo vivía en el partido bolchevique. En verdad, se trataba, para el autor de *Trilce*, de una «ley biológica de evolución social», que llevaría a superar ese estado de hecho inestable y externo. Posteriormente, el tema del «hecho comunista» será tomado a menudo por sus opositores como una relativización de lo que ocurría en Rusia o, en el mejor de los casos, como un presupuesto de realismo político. Hoy, aquel elemento factual ha cambiado una vez más de estatuto, y se trataría ahora de atestarle en su complejidad histórica, tanto en lo que hace a sus efectos como a su significación, que va más allá de la experiencia del socialismo real y la URSS ya desaparecidos.

Abordar, desde América Latina, la posteridad de la Revolución Rusa, cien años después de un acontecimiento que transformó la fisonomía del mundo, es una labor que supera los márgenes de una empresa académica: significa preguntarse sobre las dinámicas de cambio que encierra una sociedad, sus límites, sus anhelos, no solo hace un siglo, sino también en nuestro presente. Máxime cuando un hecho como el que nos ocupa atravesó inmediatamente las fronteras rusas. Encierra, además, numerosas cuestiones historiográficas. Sobre todo, que la línea que une 1917 hasta hoy está atravesada por otras historias, e incluye en su temporalidad las casi tres décadas que siguieron a la disolución del Estado y el régimen de los que fue partera la Revolución de 1917. Este ha sido el problema que han planteado indefectiblemente las publicaciones –monográficas y colectivas, libros, dossiers de revistas académicas y textos de divulgación científica– realizadas con ocasión del centenario de la Revolución Rusa, de las cuales solo algunas pocas se enfocaron

en América Latina¹. Quizás prime entre los historiadores europeos el sentimiento de que tratar de la Revolución Rusa hoy es hablar de «una ilusión con triste final»². Aunque no debe olvidarse, como lo subraya el ensayo que clausura este volumen, que los centenarios suelen tener aristas benévolas, consensuales, cuando no celebratorias o nostálgicas³.

¿Qué significa, entonces, un siglo después, volver hacia este pasado que el historiador liberal francés François Furet consideraba desde 1995 ya definitivamente enterrado?⁴ ¿Deberíamos seguir a la historiadora estadounidense Sheila Fitzpatrick, cuando declara que «sin la Guerra Fría como marco, el debate de los historiadores occidentales sobre la Revolución Rusa ha perdido su intensidad y su sentido de relevancia»⁵? ¿O al historiador

¹ Para solo limitarnos a algunas obras colectivas aparecidas entre 2017 y 2018: Silva Olarte, Renán (ed.), Número especial: «La Revolución Rusa (octubre de 1917): impacto en Europa y América Latina» en *Historia Crítica*, Universidad de los Andes, Bogotá, 64, Abril-Junio de 2017. Herrera González, Patricio (ed.), *El Comunismo en América Latina. Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales, 1917-1955*, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2017. Jelfets, Víctor y Jelfets, Lazar (eds.), *América Latina en la Internacional Comunista 1919-1943. Diccionario Biográfico*, Ediciones Ariadna, Santiago, 2018. A lo que pueden agregarse algunas reconstrucciones nacionales, como Camarero, Hernán, *Tiempos rojos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2017 o la nueva edición ampliada de Moniz Bandeira, Luiz Alberto, *O ano vermelho. A Revolução russa e seus reflexos no Brasil*, Civilização brasileira, Rio de Janeiro, 2017.

² Como lo escribe el historiador francés Romain Ducoulombier, parafraseando una célebre canción de amor (Ducoulombier, Romain, *Histoire du communisme au XX^e siècle*, PUF, París, 2014, p. 119).

³ Acha, Omar, «El siglo de la Revolución Rusa: reflexiones sobre las posterioridades de lo revolucionario en América Latina» en este volumen, pp. 295-315. El tema fue objeto de un diálogo entre Omar Acha y Carlos M. Herrera, «Desde el Sur: la Revolución Rusa y América Latina», *Passés futurs*, n° 5, 2019, <https://www.politika.io/en/notice/desde-el-revolucion-rusa-y-america-latina>

⁴ Es emblemático en este sentido el prefacio de Furet a su difundido ensayo *El pasado de una ilusión*: «Entre los escombros de la Unión Soviética no aparecen ni dirigentes dispuestos al relevo, ni verdaderos partidos, ni nueva sociedad, ni nueva economía. Solo se puede ver una humanidad atomizada y uniforme, a tal punto que resulta demasiado cierto que las clases sociales han desaparecido: incluso el campesinado, al menos en la URSS, fue destruido por el Estado». Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1996, p. 7 (1995 para la edición francesa).

⁵ Fitzpatrick, Sheila, «Celebrating (or Not) The Russian Revolution», en *Journal of Contemporary History*, Sage Publications, Essex, 52(4), 2017, pp. 816-831 (p. 817).

británico Steve Smith, cuando sugiere que «si bien nuestro conocimiento de la Revolución Rusa y la Guerra civil incrementó considerablemente en los últimos años, nuestra habilidad para entender e incluso identificarnos con las aspiraciones de 1917 ha disminuido»⁶?

Forzoso es comprobar que pronto hará treinta años que la historia de la Revolución Rusa está siendo escrita desde la misma perspectiva de Furet: una perspectiva teleológica que condiciona la lectura de 1917 y sus contingencias al final inesperado, violento y definitivo de la URSS en 1991. También es verdad que a partir de 1917, la palabra comunismo dejó de designar solo la utopía de una sociedad ideal imaginada por Marx para identificarse con el desenlace materializado por la Revolución Rusa y el Estado al que ella dio lugar. De modo que la disolución de aquel Estado soviético parece haber sido también la de la utopía: hoy día cuesta imaginar el mundo anterior a 1991 y el horizonte de expectativas colectivas que, para un segmento importante de la población mundial, representó hasta entonces la noción no solo de comunismo, sino también de revolución.

Sin embargo, nosotros agregaríamos que, a pesar de la distancia no solo cronológica sino también intelectual y política que nos separa de ella, ya sea por la ruptura que constituyó 1989-1991 o por la mirada crítica que se tenía aun antes de la disolución de la URSS, la Revolución Rusa vuelve –con la ocasión del centenario– a plantear fascinantes interrogantes a los intelectuales y ciudadanos que somos. Y ello, no tanto por ser un acontecimiento clausurado y, por esta razón, inocuo; sino porque nosotros, una vez alejados tanto del mundo donde la URSS era un actor central del escenario mundial como del triunfalismo liberal de los años 1990, somos hoy capaces de proponer lecturas complejas del acontecimiento y su impacto global y multifacético, pasado y actual. Lecturas que admitan, por si fuese necesario recordarlo, que la historia no es lineal, que se escribe en la incertidumbre radical y la singularidad de ser fabricada por una multiplicidad de actores, sumidos en sus propias contradicciones. Lecturas del acontecimiento que, justamente por no ser épicas, como tampoco posmodernas, hacen de él un caso comprensible y por ello mucho más cercano y relevante para el tiempo presente.

Pero nuestro libro no nace tanto del deseo de aportar una piedra más al edificio del balance de la Revolución Rusa como de la tentativa de pensar la

⁶ Smith, Steve A., «The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, Slavica Publishers, Bloomington, Indiana, 16(4), 2015, pp. 733-749 (p. 733).

historia del siglo xx latinoamericano a la luz de ese acontecimiento. Lo que significa dar por sentada de por sí su significación planetaria, pero también asumir una doble operación historiográfica. En efecto, la densidad diacrónica de la Revolución Rusa contiene varias lógicas en su despliegue, donde convergen y se tensan lo nacional y lo universal, lo excepcional y lo normal, para desembocar en una experiencia que afirma su carácter nuevo, inédito como una plataforma de su proyección mundial. Esta gramática compleja permite pues examinar la historia política latinoamericana desde un conjunto de ángulos específicos, pero, a su vez, autoriza una reconstrucción más completa y matizada del acontecimiento de Octubre, cuya posteridad, variada y rica, no se limite, en todo caso, a una mirada eurocéntrica.

Reconstruir una historia latinoamericana de la Revolución de 1917, tanto del evento como de sus derivas, no consiste únicamente en hacer la historia de los partidos comunistas latinoamericanos y sus militantes. Por lo pronto, en los capítulos de este libro se enfoca al comunismo como un fenómeno plural y diverso, que encierra muchas otras dimensiones, que exigen, cuando menos, abarcar en su mirada a otras corrientes de izquierda y sus apropiaciones propias de los hechos de Octubre. En verdad, examinar la historia de la Revolución Rusa a través de su relación con América Latina no solo es seguir la trayectoria de organizaciones políticas partidarias, sino encarar, además, el estudio de las relaciones que las sociedades latinoamericanas compondrán con el comunismo, sin olvidar que este no fue solo un régimen político realmente existente o un horizonte anhelado, sino también una pesadilla para muchos sectores. Ni siquiera la disolución de la URSS terminó con ella: la identidad anticomunista ha tenido una capacidad de permanencia muy superior a la que demostró la cultura comunista. Lo demuestra Maud Chirio en su capítulo sobre el anticomunismo en el Brasil actual⁷.

Por cierto, escribir desde el presente la historia de la relación que América Latina ha tenido desde hace un siglo con la Revolución Rusa demanda, en primer lugar, hacer un balance de lo ya escrito y pensado sobre ella.

¿«TRAGEDIA ASIÁTICA» O «GRAN LUZ EN EL ESTE»? LA REVOLUCIÓN RUSA ENTRE LECTURAS COMUNISTAS Y LIBERALES

Fuese positiva o negativamente evaluada, la relevancia que –a nivel político, ideológico, social, cultural– tuvo la Revolución Rusa en el siglo xx mundial

⁷ Chirio, Maud, «El anticomunismo sin el comunismo: puesta en perspectiva histórica de la crisis brasileña (2015-2017)», en este volumen, pp. 275-292.

ha sido sin parangón con otros acontecimientos políticos, posiblemente con la sola excepción de las dos guerras mundiales, a las que se encuentra fuertemente ligada. La colosal importancia de la Revolución de 1917 ofrece seguramente una primera explicación para entender el carácter altamente pasional y sensible de los debates que la rodean aún hoy.

Hasta los años 1980, y con pocas excepciones, la interpretación de 1917 y su posteridad fue objeto de disputa principalmente entre dos escuelas historiográficas. La primera había surgido en el círculo de los emigrados rusos –socialistas moderados o miembros del Partido constitucional demócrata a semejanza del historiador Pavel Milioukov⁸–, pero pronto fue recuperada por historiadores liberales radicados en Estados Unidos y en Europa occidental. Acaso sea el estadounidense Richard Pipes la figura académica más destacada en este grupo⁹. Enfocada en un inicio en la sola Revolución Rusa, la historiografía liberal intentó hacer comprensible un acontecimiento inédito y a primera vista inexplicable. La responsabilidad principal por el estallido de la revolución le fue atribuida a la Primera Guerra Mundial, que habría interrumpido la gloriosa marcha de Rusia hacia la modernización, disculpando en el mismo movimiento al zarismo, presentado, al menos después de 1905, como motor de la occidentalización del país. El fanatismo de los bolcheviques –místico, «oriental» e incivilizado– habría hecho carne en la desorganización del Estado heredada de la guerra.

Pero en paralelo a la interpretación más acotada del acontecimiento político que fue la Revolución de 1917, la historiografía liberal estaba forjando implícitamente una lectura englobante del siglo xx, en la que podían reconocerse al menos dos elementos. Por un lado, incluía una mirada orientalista puesta en el régimen soviético, leído como expresión de la incapacidad típicamente «asiática» para democratizarse y modernizarse. Por el otro, proponía una filosofía de la historia del siglo xx, que alcanzaría su expresión más ambiciosa y compleja con *El pasado de una ilusión* de Furet¹⁰. En este ensayo, el autor decretaba el fin de la «ilusión» –fe laica

⁸ Milioukov, Pavel y Seignobos, Charles y Eisenmann, Louis y Letaconnoux, Jean, *Histoire de Russie. Tome III: Réformes, réaction, révolutions*, Leroux, París, 1935.

⁹ Pipes, Richard, *Revolutionary Russia*, Doubleday, New York, 1969. Véase también la obra de Service, Robert, biógrafo de Lenin y de Trotsky y autor de *Historia de Rusia en el siglo xx*, Crítica, Barcelona, 2016.

¹⁰ Aunque la primera versión de esta misma tesis fue formulada por Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992 (la edición en inglés data del mismo año).

que no sería solo el comunismo, sino también la revolución como proyecto humano—, mientras retomaba la tesis del parecido familiar entre los dos totalitarismos, el comunismo y el fascismo, ambos definitivamente vencidos en 1991 por su enemigo secular, el liberalismo. Estos argumentos, sobre todo la tesis del comunismo como totalitarismo, fueron en ocasiones extremados, como en Stéphane Courtois y su *Libro negro del comunismo: crímenes, terror, represión*¹¹, cuyo subtítulo resume la dirección única de la obra.

En resumidas cuentas, la lectura liberal ha visto en la Revolución Rusa una de las mayores tragedias de la humanidad. Tragedia «asiática», primero —la de un continente que no conocería la democracia y, por tanto, sería solamente capaz de autocracia—, que se convertirá luego en tragedia comunista cuando sea exportada al resto del mundo, poniendo en peligro por su misticismo «ideocrático» las conquistas del liberalismo. En América Latina, después de la Segunda Guerra Mundial, esta lectura fue adoptada incluso por la izquierda anti-totalitaria¹². Ni siquiera la obra de Robert J. Alexander, uno de los primeros especialistas universitarios estadounidense sobre el comunismo en el subcontinente, y a la vez militante socialista, escapaba del todo a los condicionamientos de la Guerra Fría. Su posición era moderada, ya que declaraba combatir solo los miedos irracionales sobre el peligro que representaba el movimiento comunista para la

¹¹ Courtois, Stéphane, *El libro negro del comunismo: crímenes, terror, represión*, Ediciones B, Barcelona, 2010 (1997 para la edición francesa). En rigor de verdad, la introducción de Courtois, en la cual el comunismo era parangonado al nazismo, generó un conflicto abierto, e incluso legal, con un conjunto de autores del volumen en el momento de su publicación en Francia y la división del grupo en que el proyecto se había desarrollado. La óptica de Courtois que resume el comunismo en un conteo sin contexto de sus «víctimas» ha sido crítica y magistralmente comentada por Traverso, Enzo, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2012, pp. 35-41.

¹² Kamen, Scott, *Competing Visions: The CIA, the Congress for Cultural Freedom and the Non-Communist European Left, 1950-1967*, Honors Theses, Western Michigan University, 2008; Janello, Karina, «La intelectualidad liberal bajo la Guerra Fría: La sede argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1964)», en *Acta Sociológica*, Sage Publications, Essex, 68, Septiembre-Diciembre de 2015, pp. 9-47. Disponible en: <https://doi.org/10.1016/j.acso.2015.07.001>. En verdad, ya en los años treinta sus primeras expresiones fueron abierta o encubiertamente canalizadas por las derechas antidemocráticas, primero de corte corporatista, y más tarde vinculadas con los militares o el anticomunismo estadounidense, antes de ser acogidas por centros de estudios de derecha «liberal» como el Centro de Estudios Públicos en Chile.

seguridad nacional de los Estados Unidos, achacándole su propia responsabilidad en la expansión (ante el apoyo que el Departamento de Defensa daba a los gobiernos militares). ¿No escribía sin embargo en la introducción de su obra que «the autor hopes that the result will be both to alert and to reassure»? De hecho, observaba que la conexión de la Unión Soviética con sus «partidos hermanos» era una de las claves del éxito del comunismo en América Latina¹³.

Frente a la interpretación liberal se erigió la historiografía soviética –y fuera de la URSS, la comunista–, que también se enfocó en un primer momento en la explicación de Octubre (de 1917). Aquel momento fue introducido en una secuencia revolucionaria, precedido de la revolución de 1905 o «liberal fracasada», la de febrero de 1917 o «liberal exitosa», y la de octubre, la socialista, la verdadera expresión de los anhelos del pueblo ruso exitosamente expresados por su vanguardia, los bolcheviques¹⁴. Aparece aquí un rasgo que distinguirá a la historiografía militante de toda la izquierda y no solo de los partidos comunistas: la lectura teleológica del proceso revolucionario que parecía destinado a no tener sino una salida posible, acompañada de la hipótesis de una clarividencia excepcional de los dirigentes del partido bolchevique, únicos capaces de leer en las leyes de la historia y de la lucha de clases y destinados a expresar y a materializar los anhelos del proletariado¹⁵.

Más allá de la interpretación de Octubre, la historiografía oficial soviética también propuso su filosofía de la historia, afirmó el carácter universal de la Revolución Rusa, reivindicando en el mismo movimiento la posibilidad de reproducirla en otros países y continentes, e identificó al comunismo y a la revolución socialista con la Unión Soviética y, fuera de ella, con los partidos comunistas. Cabe reconocer que, incluso antes de 1991, dicha lectura nunca consiguió oponer un relato consistente que tuviera

¹³ Alexander, Robert J., *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, New Jersey, 1957, p. 17.

¹⁴ Una de las mejor logradas es, sin lugar a dudas, la de Trotsky, León, *Historia de la Revolución Rusa*, LOM, Santiago, 2017.

¹⁵ La ficción de un partido bolchevique monolítico, disciplinado y de vanguardia fue desmantelada en los trabajos de Rabinowitch, Alexander, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, W. W. Norton, Nueva York, 1976 y Daniels, Robert, *Red October: the Bolshevik Revolution of 1917*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1967. En sus publicaciones, Leopold Haimson, Steven Smith y Reginald Zelnik demostraron, en cuanto a ellos, que el partido bolchevique distaba mucho de ser mayoritario entre la clase obrera rusa.

un alcance más allá de los medios militantes, dejando a la historiografía liberal el rol de interpretación predominante fuera de los países socialistas. En cambio, la historiografía oficial soviética inauguró una nueva forma de hacer historia partidaria, adoptada a continuación por los comunistas, así como por los demás partidos de izquierda.

Esta historia oficial de partido tenía ciertos rasgos distintivos. En primer lugar, identificaba al comunismo con los partidos comunistas, su línea oficial y su dirección. Línea oficial y dirección que no admitían ni divergencias internas, ni vacilaciones y cambios ni tampoco cuestionamiento de la supuesta justicia absoluta de las decisiones tomadas. Al mismo tiempo, la supuesta excepcionalidad de las organizaciones comunistas – juzgadas superiores a todas las demás también por el temple de sus militantes – tendió a separar la historia de partido de su contexto y a encerrarla en un relato a la vez institucional y nacional. Paradoja no menor para partidos inscritos desde su fundación en compromisos, redes e identidades marcadamente internacionalistas.

Esta aproximación a la historia del comunismo está siendo fuertemente cuestionada hoy. Lo será también en las páginas de este libro a través del constante esfuerzo de contextualización de la historia de los partidos comunistas¹⁶, pero también del enfoque en sus divergencias internas y sus mecanismos disciplinarios¹⁷; como asimismo por la atención prestada a los partidos de izquierda no comunistas considerados parte integral de la historia latinoamericana de la Revolución Rusa¹⁸; sin olvidar, por otro lado, la gran diversidad entre diferentes regímenes comunistas¹⁹, así como las divergentes recepciones e interpretaciones de Octubre y sus consecuencias²⁰.

¹⁶ Grez, Sergio, «Las relaciones entre el Komintern y el Partido Comunista de Chile (1922-1941)», en este volumen, pp. 79-128; Camarero, Hernán, «El Partido Comunista argentino y la Revolución Rusa en sus primeras décadas: vínculos e influencias», en este volumen, pp. 41-77; Jelfets, Victor, «México en la percepción de la internacional comunista: encuentros y desencuentros», en este volumen, pp. 129-155.

¹⁷ Salgado, Alfonso, «'El Partido es lo primero': militancia comunista y vida familiar en Chile (1952-1973)», en este volumen, pp. 243-274.

¹⁸ Herrera, Carlos M., «Juzgar a la Revolución Rusa desde la izquierda reformista. El caso del Partido Socialista argentino (1917-1945)», en este volumen, pp. 157-183.

¹⁹ Pedemonte, Rafael, «La 'otra Guerra Fría': las tensiones en el seno de la izquierda latinoamericana durante la década de 1960 bajo una óptica conectada URSS-Cuba-Chile», en este volumen, pp. 217-241.

²⁰ Chirio, Maud, «El anticomunismo sin el comunismo», *op. cit.*; Riquelme, Alfredo, «La referencia soviética en la izquierda chilena (1917-1991): imaginación revolu-

1917: ¿UN PASADO QUE HA PASADO?

Sin lugar a dudas, la disolución de la Unión Soviética redujo el interés por la Revolución Rusa y el comunismo en el mundo editorial y en el público general, con la excepción, en los años inmediatamente posteriores a 1991, de esa literatura liberal triunfalista que fue, además, un éxito de librería. Pero el período incubaba una investigación más especializada, que hizo incluso que los estudios sobre el comunismo alcanzaran cierto impulso a partir de los primeros años 2000, aunque quedaron confinados en aquellos espacios académicos o centros de documentación e investigación que ya contaban con una larga tradición en este campo.

Curiosamente, fue durante esos años 1990 que surgieron las condiciones de posibilidad para la actual renovación del campo historiográfico sobre la Revolución Rusa y el comunismo. La razón más obvia para ello fue, a partir de 1991, la posibilidad de acceder a los archivos soviéticos, lo que abrió fascinantes perspectivas tanto para el estudio de la organización interna del régimen soviético, como para indagar en su política internacional. Los resultados de la labor archivística emprendida en aquel momento tardaron varios años en hacerse visibles, entre otras razones a causa de los plazos de tratamiento y traducción de las fuentes, pero su efecto ha sido profundo, decisivo y profundamente benéfico. En el caso de América Latina, los archivos soviéticos hicieron accesibles a los historiadores periódicos y documentos otrora inhallables a causa de los frecuentes y largos períodos de clandestinidad de los PC latinoamericanos²¹. Otro factor que explica la renovación de este campo es la necesidad que sintieron estudiosos de la URSS o del comunismo que no se identificaban con el relato liberal de responder a simplificaciones excesivas o alteraciones.

Ahora bien, a diferencia de la historiografía liberal o soviética, aquí no se puede hablar de emergencia de un nuevo paradigma interpretativo de la Revolución de 1917 y su posteridad que vendría a agregarse al precitado dueto, típico posiblemente de un período de enfrentamiento. La actual producción sobre la Revolución de 1917 y sus proyecciones es fragmentaria, variada, no siempre concordante en sus interpretaciones y posturas

cionaria, fascinación del progreso y controversia democrática», en este volumen, pp. 187-215.

²¹ En Chile, la traducción y edición de este material fue posible gracias a la valiosísima contribución de la historiadora rusa Olga Ulianova en colaboración con investigadores chilenos. Cf. Ulianova, Olga y Riquelme, Alfredo (eds.), *Chile en los Archivos Soviéticos*, DIBAM-LOM, Santiago.

historiográficas o políticas. Esta diversidad también está voluntariamente reflejada en el presente volumen.

Eso sí, se trata de un campo en plena reinención que plantea desafíos e interrogantes centrales no solo para la historiografía, sino también para la ciudadanía. En primer lugar, en los trabajos más recientes se matizó considerablemente el discurso liberal sobre la Revolución de Octubre, y fueron denunciadas su dimensión ideológica y su visión sesgada. En segundo lugar, en consonancia con otras mutaciones metodológicas, se reafirmó la importancia de la historia política, su estudio y enseñanza. Por último, y especialmente a partir de 2010, se volvió a legitimar la revolución como objeto de estudio.

A pesar de la diversidad de la reciente producción historiográfica, aparecen líneas de fuerza comunes en torno a ciertas preguntas o nuevos campos de exploración. Un primer campo que ha dado fascinantes resultados es el reciente interés de los especialistas de la Unión Soviética y la Europa del Este en los encuentros, convergencias e hibridación entre comunismo, anticolonialismo y anti-imperialismo²². El interés en las relaciones entre la URSS, la *Komintern* y los movimientos anticoloniales está produciendo estimulantes investigaciones sobre el comunismo africano, las relaciones entre la URSS y las descolonizaciones en la segunda posguerra, o el papel de los comunistas en el movimiento de los no alineados²³. Pero las con-

²² Dullin, Sabine y Studer, Brigitte (eds.), Número especial: «Communisme transnational», en *Monde(s). Histoire, espaces, relations*, Presses de l'Université de Rennes, Rennes, 10, noviembre de 2016. Dullin, Sabine y Studer, Brigitte (ed.), «Introduction : Communisme + transnational. L'équation retrouvée de l'internationalisme (premier XX^e siècle)», en *Monde(s), ibid.*, pp. 9-31.

²³ Burton, Eric (ed.), Número especial: «Socialisms in Development», en *Journal für Entwicklungspolitik*, Mattersburger Kreis für Entwicklungspolitik an den österreichischen Universitäten, Viena, XXXIII(3), 2017; Marung, Steffi, «'Leninian moment'? Soviet Africanists and the Interpretation of the October Revolution, 1950s-1970s» en *Journal für Entwicklungspolitik, ibid.*, pp. 21-48; Fila-Bakabadio, Sarah y Palieraki, Eugenia (ed.), Número especial: «Revolutionary cosmopolitanism: Africa's positionality and international solidarities (1950s-1970s)», en *African Identities*, Routledge, Londres, 16(2), 2018; Slobodian, Quinn, «Bandung in Divided Germany: Managing Non-Aligned Politics in East and West, 1955-1963», en *The Journal of Imperial and Commonwealth History*, Taylor & Francis, Abingdon, 41(4), noviembre de 2013, pp. 644-662; Amrith, Sunil S., «Asian internationalism: Bandung's echo in a colonial metropolis», en *Inter-Asia Cultural Studies*, Taylor & Francis, Abingdon, 6(4), 2005, pp. 557-569. Chakrabarty, Dipesh, «The Legacies of Bandung. Decolonization and the Politics of Culture», en Lee, Christopher J. (ed.), *Making a World*

vergencias entre movimientos anticoloniales y comunismo no solo fueron importantes para Asia y África, sino también para América Latina. En su texto sobre el Partido Comunista mexicano, Victor Jelfets recuerda la centralidad del papel que desempeñó en su creación M. N. Roy, militante nacido en la India, cuando era todavía colonia británica. Al que también se puede agregar el nombre del japonés Sen Katayama, igualmente activo en el continente por cuenta de la *Komintern*, aunque también tamizado por sus vínculos norteamericanos.

En el caso de América Latina, este renovado interés en el estudio cruzado del comunismo, el anticolonialismo y el anti-imperialismo abre amplias perspectivas sobre todo en lo que respecta a este último. En los años 1920, este fue el estandarte que les permitió a los partidos comunistas latinoamericanos construir una identidad partidaria que les fuera específica, pero también crear puentes y convergencias con el movimiento estudiantil (de ahí surgirán José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella). Por añadidura, el anti-imperialismo fue uno de los debates más relevantes en el seno de la *Komintern*, tanto en relación con la especificidad de los programas políticos de los PC latinoamericanos referentes a la reforma agraria, al problema indígena, etc., como a la táctica, tal como se revela en el caso de la sublevación de Luís Prestes en Brasil, última tentativa revolucionaria avalada por la Internacional Comunista en los años 1930. Esta literatura ha tomado incluso la forma de biografías de algunas de las figuras relevantes, pero ya no bajo el género de «vidas ejemplares», sino en contextos más extendidos que el propio mundo comunista²⁴. El anti-imperialismo recobra, sobra decirlo, nueva relevancia a inicios de los años sesenta, tras la victoria de la Revolución Cubana.

Otra entrada en la historia del comunismo que ha permitido renovar nuestra mirada y extraer al comunismo del exclusivo ámbito ideológico o

after Empire: The Bandung Moment and its Afterlives, Ohio University Press, Athens (Ohio), 2010, pp. 45-62.

²⁴ Por ejemplo, sobre Mella la biografía que le dedicó Hatzky, Christine, *Julio Antonio Mella (1903-1929): Una biografía*, Editorial Oriente e Instituto Cubano del Libro, Santiago de Cuba, 2008, donde ponía en duda la trayectoria rectilínea del dirigente. Más recientemente, Melgar Bao, Ricardo, *Haya de la Torre y Julio Antonio Mella en México. El exilio y sus querellas, 1928*, Ediciones del CCC, Buenos Aires, 2013. Una literatura crítica se construyó más precozmente en torno a Mariátegui. Ver Arico, José (ed.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Pasado y Presente, México D.F., 1980; Flores Galindo, Alberto, *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*, Descó, Lima, 1980.

partidista, la forman los estudios enfocados en la vida cotidiana, que nos recordarán que ser comunista no era solo (y en algunos casos, ni siquiera primordialmente) asunto de ideología sino también un modo de vida. Aunque la *Alltagsgeschichte* (historia de la vida cotidiana) se ha desarrollado sobre todo en Alemania y en Estados Unidos, y se ha enfocado en las sociedades de Europa del Este y la URSS²⁵, los promisorios estudios sobre América Latina que están empezando a conocerse proponen historias sociales y culturales del comunismo que se interesan en temas tan variados como la construcción de identidades de género en el seno de los PC, en los objetos utilizados, la relación de los militantes con la música y el baile, los libros, la interacción entre relaciones íntimas y vida de militante. La riqueza de esta incipiente –en el área latinoamericana– corriente historiográfica invita a los especialistas del comunismo latinoamericano y de otros partidos a persistir en este camino. En el presente volumen ya podemos contar con una historia del PC chileno a la luz de la vida familiar de los militantes comunistas, incluyendo una perspectiva de género²⁶.

Cabe señalar aquí que el desarrollo de esta nueva perspectiva historiográfica está también relacionado con la renovación de la historiografía de las revoluciones, cada vez más enfocada en el estudio de las subjetividades y en los protagonismos populares²⁷. Se trata de proponer una historia fina que esté atenta a los actores sociales y no solo a los dirigentes de los par-

²⁵ Kotkin, Stephen, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*, University of California Press, Berkeley, CA, 1997. Fitzpatrick, Sheila, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times*, Oxford University Press, Oxford, 2000. Kelly, Catriona, *Children's World: Growing Up in Russia, 1890-1991*, Yale University Press, New Haven, 2007. Brown, Kate, *Plutopia: Nuclear Families, Atomic Cities, and the Great Soviet and American Plutonium Disasters*, Oxford University Press, Oxford, 2013.

²⁶ Salgado, Alfonso, «'El Partido es lo primero'», *op. cit.*, pp. 243-274.

²⁷ La noción de «protagonismo», que en francés y en italiano es un neologismo, fue propuesta por el historiador italiano Burstin, Haïm, *Révolutionnaires. Pour une anthropologie politique de la Révolution française*, Vendémiaire, París, 2013. Dicha noción y la definición de ella propuesta por Burstin han estado en el centro de la renovación de la reflexión historiográfica francófona sobre revoluciones. Para Burstin, «protagonismo» remite a dos procesos coetáneos con toda revolución: la convicción que se va desarrollando en el marco del proceso revolucionario entre actores individuales y colectivos, antes ausentes del escenario político, de poder asumir un papel protagónico e influir en el curso de los acontecimientos que viven; la reivindicación de un reconocimiento institucional de su contribución en la revolución, una vez que ella haya terminado y se esté institucionalizando.